

INTRODUCCIÓN: DECIR, CONTAR, MOSTRAR LA GUERRA

*VICENTE J. BENET
VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA*

Las guerras constituyen a lo largo de la historia fracturas periódicas de la civilización, de la convivencia e incluso de la forma de vivir los conflictos básicos de toda sociedad. Mas, sin duda, también han actuado, pese a la violencia de su irrupción, como factor de estabilización demográfica. Podría decirse incluso que su fantasma, ilusión o deseo han servido para articular partes sustanciales de la sociedad en tiempos de paz (a través de la formación y economía de los ejércitos, la contribución a la noción de disciplina exportada a otros modos de organización social, las prácticas físicas, entre otras cosas).

Sin embargo, cualesquiera que sean las fantasías de la guerra en los tiempos de paz, lo cierto es que la guerra abierta supone una transformación sintomática de las leyes de comportamiento, legislativas, penales y morales que sirven para dotar de cohesión a las comunidades humanas. En este sentido, puede decirse que desencadena pasiones, pero también normas distintas a las habituales y no sería una hipótesis demasiado aventurada sostener que éstas son en cierto modo complementarias de aquéllas.

Ahora bien, las guerras, si bien quiebran un orden, no deben ser necesariamente entendidas como caóticas. Antes al contrario, poseen

también reglas, normas, incluso rituales que deben ser respetados de acuerdo con valores superiores consensuados por la comunidad de naciones (el valor, la dignidad, la disciplina, la patria, la religión, las regulaciones sobre el trato a los prisioneros y víctimas civiles), lo que supone la supeditación del comportamiento militar a éstas u otras pautas de comportamiento.

Quizá la más siniestra contribución de la modernidad a la guerra haya sido la demolición de estas normas a las que debía someterse cualquier operación militar, cuando menos en los países de Occidente. Una consecuencia inevitable de este proceso ha sido, por ejemplo, la supresión de la noción de población civil, ligada sin duda pero no absolutamente dependiente del desarrollo de las tecnologías militares (como la aviación, los armamentos de alcance masivo), mas también de una particular noción de enemigo.

El objetivo del conjunto de contribuciones que se encuentran en este libro sobre la representación cultural de la guerra consiste, precisamente, en interrogar las formas (es decir, los discursos) a través de las cuales los individuos de nuestro mundo occidental hablan de este momento esencial de crisis de la civilización que supone la guerra. En efecto, la dificultad de nombrar la interrupción de valores generalmente consolidados y la puesta en marcha de una legitimación opuesta merece la atención de quienes nos movemos en el ámbito de las disciplinas humanísticas. Por este motivo, ofrecemos a los lectores aproximaciones que se proyectan hacia vertientes muy dispares pero no menos complementarias.

Entendemos que el análisis de los discursos que se ocupan de la guerra debe abrirse a la filosofía, la historia, la estética, la sociología o las ciencias políticas, permitiendo al mismo tiempo un replanteamiento metodológico de estas mismas disciplinas. Esta será la consecuencia inevitable de relacionar los discursos culturales sobre la guerra con los cambios tecnológicos de la época contemporánea y, sobre todo, con la entrada de las voces de las víctimas, los testimonios, las fuentes orales,

los documentos audiovisuales y otros tipos de aportaciones informativas que son cada vez más abundantes.

Todos los textos presentados gravitan alrededor de estos problemas sin que en ninguno de los casos se pretenda la exhaustividad ni el agotamiento de los mismos. Más bien, aspiran a aportar reflexiones sobre el fenómeno general a través de algunas de sus manifestaciones más representativas. La puesta en marcha de este texto es resultado del proyecto de investigación de la Generalitat Valenciana GV 99-71-1-09: "Los conflictos nacionales y su dimensión cultural".